

# LAS OTRAS CARTAS DE JAMAICA. INSURGENCIA Y REVOLUCIÓN EN EL MUNDO ANDINO

*Juan Marchena Fernández<sup>1</sup>*

## I. Años de incertidumbre

En el entorno de los años 1814-1815, tres acontecimientos vinieron a coincidir sobre el universo político e ideológico del continente iberoamericano. Por una parte, las disposiciones del congreso de Viena, requiriendo acabar con cualquier expresión política devenida del proceso revolucionario iniciado a fines del S. XVIII y que ahora se daba por extinguido, así como sus secuelas republicanas, debiendo regresar los reinos al viejo orden, restituyéndose los antiguos principios de gobierno. Con estas medidas, las insurgentes naciones americanas, antiguas colonias españolas, debían retornar a su anterior estatus aunque fuese por la fuerza de las armas. Un segundo acontecimiento fue la propuesta que contenía el documento, obstinado y decidido, redactado en la isla de Jamaica por un joven militar llamado Simón Bolívar, en el que exhortaba a los partidarios de la libertad americana a no doblegarse ante las adversas circunstancias del momento, puesto que derrotados pero no vencidos, todos juntos debían acabar con la tiranía colonial, afirmaba, a fin de recuperar el norte del continente sudamericano y construir un nuevo espacio político independiente y libre del absolutismo colonial, conformando una alianza de pueblos en torno a un ideal común continental. Y en esos mismos años, un tercer acontecimiento (o una riada de ellos) vino a desbordarse sobre una América ya conmocionada por la insurgencia con que numerosos grupos operaban en varias regiones contra las autoridades coloniales: tanto la Nueva España como la región andina parecían estar más incendiadas que

---

<sup>1</sup> Dr. Catedrático y Director del Área de Historia de América, Director del Máster, Doctorado y Postdoctorado en Historia de América, Facultad de Humanidades, Universidad Pablo de Olavide, Sevilla, España.

nunca: en el norte, con el alzamiento de miles de indígenas y campesinos liderados por José María Morelos y por las disposiciones emanadas de un congreso reunidas en la Constitución de Apatzingán, liberal y republicana, libertaria y rupturista; y en el sur, con la gran sublevación anticolonial organizada desde Cusco por los hermanos Angulo y el brigadier indígena Mateo Pumacahua, que habían incendiado todo el sur peruano sumándose a la gran conmoción andina emprendida por decenas de caciques quechuas y aimaras que, en el Alto Perú, levantaban esos mismos años las banderas de libertad y hacían oír el tronar de sus reclamos contra la opresión de sus pueblos sometidos por las élites blancas y mestizas, defendiendo un ideario indígena de libertad y autogobierno. Todo sucedía a la vez, al mismo tiempo, en estos años 1814-1815 de violenta coyuntura, años de mucha incertidumbre, y bien difíciles.

Ahondemos un poco más en estos tres acontecimientos. Una vez derrotado en Europa el proyecto napoleónico, los distintos comisionados reunidos en Viena en 1814-1815 no solo intentaron restablecer las fronteras políticas europeas al estado en que se hallaban a fines del S. XVIII, sino, fundamentalmente, pretendieron redibujar el mapa ideológico de Occidente tras el formidable cataclismo político que había originado la revolución en Francia después de 1789, y que tanto había impactado a nivel mundial.

Pretendían algo así como hacer olvidar la Revolución, o al contrario, tenerla muy presente, para que no pudiera volver a repetirse: para ello debían fortalecerse las monarquías absolutas y dotarlas de sólidos instrumentos de control a fin de evitar los “monstruos producidos por la ausencia de la razón gobernada”, enunciando una y otra vez las palabras, los axiomas, para ellos imprescindibles, de legitimidad, paz y equilibrio.

Los discursos pronunciados en sus salones, ante las miradas y opiniones de los grandes dignatarios europeos, Francisco I de Austria, el Zar Alejandro, sus consejeros Nesselrode y el conde Razumovsky, Federico de Prusia, el mismo Humboldt, el Duque de Wellington y Lord Castlereagh, el rey de Dinamarca, los portugueses Conde Palmela o Antonio Saldanha, y algunos delegados españoles, fueron rotundos y concluyentes: la nueva Europa sería, la Europa de la restauración: la razón restaurada y el triunfo de la lógica de las esferas girando en sus órbitas precisas, constituirían el cuerpo teórico mayor que permitiría la única praxis política posible: el orden legítimo. Naturalmente, la intervención sería inmediata en los casos en que fuera necesario restablecer este orden que ahora se reimponía, y ello habría de ejecutarse siguiendo el axioma ilustrado de que, cuando los colirios no demostrasen ser suficiente remedio, habrían de aplicarse los cauterios más severos.

Portugal y España habían salido de la guerra europea destruidas hasta la médula, pero sus monarquías quedaban ahora a buen recaudo –así se proyectaba y preveía- de aventuras peligrosas encabezadas por algunos exaltados (cuya eliminación habíase juzgado necesaria) una vez restaurado el orden y asegurado el absolutismo de sus gobiernos. Sus colonias debían ejercer de restauradores económicos, y los modelos republicanos que otros exaltados habían intentado aplicar en ellas como fórmulas políticas de progreso, debían eliminarse también, afirmaban en Viena, o condenados a su inoperancia. Fernando VII de España había podido regresar al poder absoluto en mayo de 1814 con la ayuda del sector más conservador del generalato militar, aboliendo la constitución de Cádiz de 1812 y encerrando, desterrando o fusilando a buena parte de sus creadores liberales.

En mitad de este horizonte de desolación, Simón Bolívar escribía desde el exilio la conocida Carta de Jamaica<sup>2</sup>: un texto destinado a convencer a los americanos de la necesidad de concentrar esfuerzos a fin de derrotar al monarquismo español, emanciparse política y económicamente de la metrópoli, y lograr una unidad de acción política y administrativa de cara a convertir a la región del norte del subcontinente (“la Nueva Granada que es, por decirlo así, el corazón de la América”, Colombia, Venezuela, Ecuador y Panamá) en una potencia que liderara una liberación continental.

Una llamada a la guerra desde la convicción de que no había otra alternativa a esas alturas de 1815: “El lazo que la unía a España está cortado... Más grande es el odio que nos ha inspirado la Península que el mar que nos separa de ella; menos difícil es unir los dos continentes que reconciliar los espíritus de ambos países... Todo lo sufrimos de esa desnaturalizada madrastra. El velo se ha rasgado y hemos visto la luz, y se nos quiere volver a las tinieblas: se han roto las cadenas; ya hemos sido libres, y nuestros enemigos pretenden de nuevo esclavizarnos... ¡Qué demencia la de nuestra enemiga, pretender reconquistar América, sin marina, sin tesoros y casi sin soldados! Pues los que tiene apenas son bastantes para retener a su propio pueblo en una violenta obediencia... Por otra parte, ¿podrá esta nación hacer el comercio exclusivo de la mitad del mundo sin manufacturas, sin producciones territoriales, sin artes, sin ciencias, sin política?...”

Y ello a sabiendas de que, como comentamos más arriba, Bolívar conocía que Europa se oponía a este proyecto con las resoluciones del Congreso de Viena: “¿Está Europa sorda al clamor de su propio interés?”

---

2 Kingston, 6 de septiembre de 1815. BOLÍVAR, Simón (2015): *Carta de Jamaica*. Comisión Presidencial para el Bicentenario de la Carta de Jamaica, Caracas.

¿No tiene ya ojos para ver la justicia? ¿Tanto se ha endurecido para ser de este modo insensible? Estas cuestiones cuanto más las medito, más me confunden; llego a pensar que se aspira a que desaparezca la América... Europa misma, por miras de sana política, debería haber preparado y ejecutado el proyecto de la independencia americana, no solo porque el equilibrio del mundo así lo exige, sino porque este es el medio legítimo y seguro de adquirirse establecimientos ultramarinos de comercio... En consecuencia, nosotros esperábamos con razón que todas las naciones cultas se apresurarían a auxiliarnos, para que adquiriésemos un bien cuyas ventajas son recíprocas a entrambos hemisferios. Sin embargo, ¡cuán frustradas esperanzas!

Una situación, frente al espejo de la realidad americana, que le sumerge en un océano de paradojas: “Nosotros somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares; nuevos en casi todas las artes y ciencias, aunque en cierto modo viejos en los usos de la sociedad civil... Mas nosotros, que apenas conservamos vestigios de lo que en otro tiempo [fuimos], y que por otra parte no somos indios, ni europeos, sino una especie mezcla entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles... en suma, siendo nosotros americanos por nacimiento, y nuestros derechos los de Europa, tenemos que disputar estos a los del país, y mantenernos en él contra la invasión de los invasores; así nos hallamos en el caso más extraordinario y complicado...” Lo que le lleva a concluir que “los acontecimientos de la Tierra Firme nos han probado que las instituciones perfectamente representativas no son adecuadas a nuestro carácter, costumbres y luces actuales... Los sistemas enteramente populares, lejos de sernos favorables, temo mucho que vengan a ser nuestra ruina...”

Esto es algo que en este trabajo quiero destacar, en los valles y llanuras mexicanas, y en las pampas y en los cerros andinos, la situación era muy diferente de lo que en Viena se establecía y ordenaba, y diferente también de lo que se lamentaba y dolía a Bolívar en su carta jamaicana. En estas grandes regiones, la batalla por la libertad adquiría rasgos distintos y, con certeza, la realidad de una guerra encendida a sangre y fuego contra el absolutismo se mostraba empecinadamente contraria a los propósitos de las cortes europeas, de la monarquía absoluta de Fernando VII, y aún de los tibios proyectos indecisos de ciertas élites locales. En concreto en la región andina, curacas, mallkus, autoridades étnicas y comunitarias, y otros pueblos y barrios de las ciudades serranas controladas por líderes mestizos e indígenas, se mantenían activas y en pie de guerra planteando propuestas para constituir un nuevo orden político, económico y sobre todo social,

todavía bajo los ecos de las grandes sublevaciones de 1780. No solo diferían del proyecto europeo, sino que escribían con su insurgencia otras cartas de libertad e independencia que se sumaban, con su acción contundente, a la que Bolívar escribía esos mismos días. A esas otras cartas escritas por la insurgencia indígena, y al por qué de su trato por la historiografía, con la intensidad que ameritan a pesar de su importancia, dedicamos estas páginas.

## 2. Preguntas en el aire ¿Quién escribía las otras cartas de Jamaica? El caso del Perú<sup>3</sup>.

En 2011, la historiadora peruana Cecilia Méndez se preguntaba en su texto “De indio a serrano: nociones de raza y geografía en el Perú (siglos XVIII-XIX)”<sup>4</sup>, sobre el por qué ha sido tan difícil concebir la idea de un “indio” con poder y voluntad propia en el proceso de lucha contra la monarquía española y de construcción de la nación peruana; y sobre todo por qué los indígenas han aparecido siempre como meras víctimas, o se les ha eliminado sin más de las narrativas del estado-nación liberal.

Efectivamente, un análisis siquiera superficial de la enorme cantidad de información documental disponible<sup>5</sup> nos convence fácilmente de que los

---

3 Este aspecto del tema lo he desarrollado en otro trabajo, con mayores detalles historiográficos. MARCHENA, Juan. “La producción historiográfica peruana y la participación indígena en la Independencia” (2017) en CHUST, Manuel y ROSAS, Claudia *El Perú en Revolución. Independencia, guerra y revolución* (Castellón, Lima: Universidad Jaime I y PUCP).

4 *Histórica*, Lima, N. XXXV.1, p. 63.

5 Información documental disponible en el Perú, tanto en el Archivo General de la Nación y en la Biblioteca Nacional en Lima, como -sobre todo- en los muy poco trabajados para este tema archivos regionales de Cusco, Puno, Ayacucho, Cajamarca... más los documentos publicados, como por ejemplo en la *Colección Documental de la Independencia del Perú* (1971 y 1974), Lima, Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú, Tomo III, *Conspiraciones y rebeliones en el siglo XIX. La Revolución de Huánuco, Panataguas y Huamalíes*, Vol. 1, y *Conspiraciones y rebeliones en el siglo XIX*, Vol. 8, *La Revolución del Cusco de 1814...* A ellos hay que sumar la buena cantidad de fuentes personales y memorias de los testigos, muchos de ellos realistas, como los textos de GARCÍA CAMBA, A. *Memorias del General García Camba para la historia de las armas españolas en el Perú* (Madrid: Editorial América, 1916); PEZUELA, Joaquín. *Memoria de gobierno*. Edición y prólogo de Vicente Rodríguez Casado y Guillermo Lohmann (Villena: Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla, Sevilla, 1947); TORATA, Conde de. *Documentos para la historia de la guerra separatista del Perú*, 5 volúmenes, Impr. de la viuda de M. Minuesa de los Ríos, (Madrid: 1894-1896); VALDÉS, J. [1826]: «Exposición que dirige al Rey don Fernando VII el Mariscal de Campo don Jerónimo Valdés sobre las causas que motivaron la pérdida del Perú», en la *Colección Documental de la Independencia del Perú*. Tomo XXII. *Documentación oficial española*. Volumen 3. *Gobierno Virreinal del Cuzco*. Compilación y prólogo por Horacio Villanueva Urteaga, (Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú, 1973).

indígenas, y en general los campesinos peruanos serranos de las primeras décadas del S. XIX, no fueron exclusivamente sujetos pasivos en el proceso de formación del estado republicano, ni únicamente masas informes llevadas de acá para allá por los trajines de la guerra, ni solo carne de cañón en ambos ejércitos, realista y patriota, como la producción historiográfica tradicional nos ha querido hacer ver<sup>6</sup>. Naturalmente, el asunto es mucho más complejo y rico en matices y realidades que esas tópicas aseveraciones

6 Solo algunos trabajos y autores difieren de esta línea general, tratando el tema de la participación indígena en la independencia peruana con mayor relevancia: nos referimos al clásico y más que citado trabajo de BONILLA, Heraclio y SPALDING, Karen. *La Independencia en el Perú: las palabras y los hechos* (Lima: Instituto de Estudios Peruanos, Campodónico Editores, 1972); y a los de HUNEFELDT, Christine, *Lucha por la tierra y protesta indígena. Las comunidades indígenas del Perú entre colonia y república, 1800-1830* (Bonn: Estudios Americanistas, 1982); FLORES GALINDO, Alberto. "Independencia y clases sociales" (1987) en Alberto Flores Galindo (comp.) *Independencia y revolución, 1780-1840* (Lima: Instituto Nacional de Cultura); y contenido en él, O' PHELAN, Scarlett. "El mito de la 'independencia concedida': los programas políticos del siglo XVIII y del temprano siglo XIX en el Perú y el Alto Perú (1730-1814)" (1987); o CAHILL, David. "Una visión andina: el levantamiento de Ocongate de 1815" (1988) en *Histórica*, XII, 2. De los años 90, deben citarse los de SALA i VILA, Nuria. "La participación indígena en la rebelión de los Angulo y Pumacahua, 1814- 1816" (1992), en *Conquista y resistencia en la Historia de América* (Barcelona: Universitat de Barcelona; Idem "La Constitución de Cádiz y su impacto en el gobierno de las comunidades indígenas en el virreinato del Perú" (Boletín Americanista, XXXIII, 1993); e Ídem *Y se armó el Tole Tole. Tributo Indígena y movimientos sociales en el Virreinato del Perú. 1784-1814* (Ayacucho: Instituto de Estudios Regionales José María Arguedas, 1996). Finalizando esta década con el trabajo de WALKER, Charles. *De Túpac Amaru a Gamarra: Cusco y la formación del Perú republicano. 1780-1840* (Cusco: C. Bartolomé de las Casas, 1999). A partir del año 2000 vuelven a aparecer más trabajos al respecto, como el de ESPINOZA SORIANO, Waldemar. "Reacción de los indígenas de Cajamarca frente a la Independencia de Trujillo y Lima, 1821-1822", *Revista Investigaciones Sociales*, (Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2000). De especial impacto fue la traducción de la obra de Florencia Mallon publicada en inglés en 1995 en la Universidad de California: MALLON, Florencia. *Campesino y Nación: La construcción de México y Perú poscoloniales* (México: CIESAS, El Colegio de Michoacán, y El Colegio de San Luis Potosí, 2003). Enseguida siguieron trabajos que abrieron nuevas perspectivas de estudio en la dirección a la que nos referimos: GLAVE, Luis Miguel. "Cultura política, participación indígena y redes de comunicación en la crisis colonial. El virreinato peruano, 1809-1814" (2008), en *Historia Mexicana*, 229; MÉNDEZ, Cecilia "Tradiciones liberales en los Andes o La ciudadanía por las armas: campesinos y militares en la formación del Estado peruano" (2005), en IRURÓZQUI, Marta (ed.), *La mirada esquiva: reflexiones históricas sobre la interacción del Estado y la ciudadanía en los Andes (Bolivia, Ecuador, Perú)*. S. XIX, (Madrid: CSIC, 2005); THURNER, Mark. *Republicanos andinos*, (Cusco-Lima: CBC e IEP, 2006); CHASSIN, Joelle. "El rol de los alcaldes de indios en las insurrecciones andinas (Perú a inicios del siglo XIX)" (2008), en *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*. 37; y GARRET, David. *Sombras del imperio. La nobleza indígena del Cuzco, 1750-1825* (Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2009). Y ya, en la órbita de las conmemoraciones de los bicentenarios de las independencias en otros países andinos, aparecieron NAJARRO, Margareth. "Del cacicazgo provincial al alferazgo de los veinticuatro electores del Cusco: Don Marcos Chiguantopa Coronilla Ynga" (2009), en *Revista Histórica*, (Lima); BONILLA, Heraclio. (ed.) *Indios, negros y mestizos en la independencia* (Bogotá: Planeta, Universidad Nacional de Colombia, 2010); VV.AA. *Rebeliones indígenas. Huánuco 1812* (Universidad de Huánuco/ Editorial San Marcos, 2012); PERALTA, Víctor. "La participación en las juntas de gobierno peruanas de Huánuco (1812) y Cuzco (1814)" (2012), en CAGIAO VILA, Pilar y PORTILLO VALDÉS, José María (Eds.) *Entre imperio y naciones. Iberoamérica y el Caribe en torno a 1810*. (Santiago: Universidad de Santiago, 2013); BAZÁN DÍAZ, Marissa. *La participación política de los indígenas durante las Cortes de Cádiz: Lima en el ocaso del régimen español (1808-1814)*, (Lima: Seminario de Historia Rural Andina/ Fondo Editorial Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2013)... Más el trabajo de MÉNDEZ, Cecilia. *La República Plebeya. Huanta y la formación del Estado peruano, 1820-1850* (Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2014).

que la historiografía tradicional ha venido sosteniendo. Hay liderazgos, ideas, proyectos, acciones, tomas de decisión, en los colectivos indígenas más allá de los líderes como Mateo Pumacahua, lo que algunos autores han llegado a negar.

La idea de que los grupos populares, con especial mención de los indígenas, quedaron subsumidos en masas abstractas, plegadas indolentemente a los vaivenes de la lucha por la independencia, y descalificados como incapaces de iniciativas políticas propias, sin mayor compromiso en el proceso a no ser mediante la coacción de unos y otros contendientes, convencidos de que todo lo peor recaería sobre ellos por lo que daba igual cual fuera su participación, es insostenible, a menos que nos asomemos a la documentación y realicemos estudios pormenorizados bajando la escala de la mirada. En estos años de la coyuntura 1810-1825, es imposible adentrarnos en cualquiera de estos temas, diseccionando la situación con un fino bisturí, sin encontrarnos enseguida el tejido indígena, vivo, activo, participante.

En un reciente trabajo, el profesor Heraclio Bonilla<sup>7</sup> anotaba algunas de las tareas pendientes al acercarnos al tema de la construcción nacional y de la participación indígena en las luchas independentistas.

Concordamos con él en que, primero, hay que seguir enfatizando el estudio de las peculiaridades regionales, entendiéndose la historia nacional, como él afirma, como la historia contrapuesta y a la vez interrelacionada de las regiones que la integran, puesto que al tratar de abarcar uniformemente al país estas regiones quedan disueltas, impidiéndose entender la profundidad y complejidad de los procesos que en ellas se producen y desarrollan; procesos que son generalmente disímiles, desparejos, a veces contradictorios unos con otros. Una mirada regional que, en el caso de zonas con abundante población indígena y más significativa presencia de las comunidades y pueblos de indios, con sus cacicazgos y autoridades, debe ser enfatizada en sus realidades y particularidades multiétnicas.

---

<sup>7</sup> BONILLA, Heraclio. *La metamorfosis de los Andes. Guerra, economía y sociedad* (La Paz-Cochabamba: CEPAAA-Kipus, 2014) p. 186 y ss.

Porque, segundo, y como indica Bonilla<sup>8</sup>, no debe olvidarse ni dejar atrás la articulación existente entre nación-clase-etnia.

Incluir la dimensión étnica en este proceso es de trascendental importancia, al menos para muchas regiones de América Latina. No hay que dejarse confundir por la visión tradicional de las oligarquías locales o regionales, manejando el juego de sus propios intereses, o detentando el control del poder -primero colonial, luego republicano-, y siempre en el mando de la guerra, con la realidad de toda la sociedad o de toda la nación.

Hay que esforzarse en encontrar el otro tejido, el conformado por los sectores populares que, relacionados con los anteriores mediante mecanismos de sumisión y subordinación, complejos y enredados y compulsivamente violentos, tuvieron y defendieron sin duda sus propios intereses, sus propias voces, sus propias redes, su propia historia, cambiando, mutando, adaptándose a las circunstancias de la coyuntura.

Una coyuntura que, leída de este modo, ofrece un panorama mucho más rico que el meramente aportado desde las élites respecto de sus “subordinados” o simplemente sus “subalternos”, como meros sectores sojuzgados, o en todo caso, “gentes” o “masas” confundidas en su “uniformidad del común de indígenas”, medidas o rasadas como obedientes o desobedientes, y por tanto sometidas o castigadas y reprimidas...

Así, la participación indígena en estos procesos de independencia (15 años, 1810-1825) y observada en un periodo más largo situado entre las rebeliones anticoloniales de los años 80 y las primeras revueltas antigamonalistas (incluso anti-republicanas) de los años 1830 y 40, debe entenderse primero como la propia de la mayoría de la población (En vez de dedicarnos solo a conocer con todo detalle las razones, fundamentos y evoluciones de las élites blanco-mestizas, en combate con otras élites blanco mestizas, en las cuales el elemento colonial siempre estaba presente, y que constituían un porcentaje muy reducido del total de la población). Y segundo, debe entenderse también que estas sociedades indígenas poseyeron sus propias lógicas, sus propios discursos, sus propias retóricas, sus propios universos ideológicos, sus propios tiempos; y sus propios liderazgos, complejos, muy complejos a veces, mixturados en una red de

---

8 *Ibíd.*, p. 188.

linajes étnicos, o compuestos por nuevas dirigencias mestizas, establecidos bien en comunidades indígenas de corte tradicional, con tributarios y forasteros, o bien en pueblos de indios, con cabildos al modo español, o en haciendas grandes y medianas, donde la relación con el hacendado/gamonal blanco o misti era más directo y contundente, etc., etc.

De aquí resulta que debemos avanzar en nuestros presupuestos iniciales realizando una lectura más profunda e intensa de las fuentes (volveremos sobre el tema) sobre lo que hasta ahora se ha considerado que fue la participación indígena en las independencias: reclutas forzosos para ambos ejércitos, patriotas o realistas, carne de cañón en las batallas, suministradores a la fuerza de bienes y alimentos... como si no hubiera existido una participación neta y propia y decidida de estos colectivos indígenas. Pero ha sido este uno de los argumentos que permitió a las élites victoriosas de las guerras de independencia prescindir de todos ellos en la construcción nacional a lo largo del S. XIX, e incluso durante bastantes décadas del XX. Por tanto es necesario incluir en la agenda de los estudios sobre la independencia esta necesidad de ampliar la mirada y profundizar los análisis.

Porque no solo existió una posición de apoyo o de ruptura con las fuerzas coloniales, e igual con las fuerzas patriotas, sino que las sociedades indígenas andinas habían elaborado su propio programa, actuaban con sus propias lógicas y defendían sus propias razones, desarrollando estrategias de reproducción observables desde el punto de vista tanto étnico como en general campesino, en un escenario donde la guerra se desarrollaba en sus campos y utilizando tropas que no eran sino trabajadores rurales en sus múltiples variantes y expresiones.

Hay que exponer a la luz a esta población indígena y campesina (y también urbana, en los barrios de las ciudades serranas, fundamentalmente, donde los indígenas no eran por cierto minoría) y descubriremos que en muchos casos no existió desentendimiento de lo que sucedía a su alrededor, como se ha querido hacer ver, sino sometimiento por represión, que es algo completamente diferente, y tanto por parte del bando realista como por el patriota.

Por el contrario, la documentación, revisitada de un modo más agudo, muestra que las movilizaciones populares durante la guerra, hasta ahora poco conocidas, se entroncan con las del periodo de los 80, y serían parte

también de lo que continuó sucediendo en las décadas siguientes del S. XIX, hasta conformar una memoria histórica de permanente movilización en un periodo más largo. Algo así como una historia más corta (la de la independencia) inserta dentro de otra historia más larga (la de la resistencia, arrancando desde siglos atrás).

El sostenimiento en las comunidades de sus sistemas tradicionales de organización fue la base de todos estos movimientos, según se deduce a poco que se ahonde en las fuentes y se agite la información; de ahí el interés del estado republicano por su desmembramiento y desmantelamiento. Es verdad que, por su propia naturaleza, todos estos movimientos no fueron acciones realizadas a escala “nacional”, ni contaron con patrones únicos, banderas o himnos colectivos y unificados, sino que se desarrollaron a escala regional cuando no local, con líderes concretos, propuestas específicas, siempre manejándose en un haz de circunstancias en la más que imprevisible coyuntura de la guerra.

Un destacado autor sobre el tema y el periodo, Sergio Serulnikov<sup>9</sup>, ha señalado que en este tema “hay que mirar el bosque desde abajo y no desde arriba, desde las copas de los árboles”, porque así es como se detecta con facilidad que aunque hallemos indígenas actuando en ambos frentes, el realista y el patriota, ello no indica que las cuestiones sociales o étnicas de los universos indígenas, sus grandes causas, sus graves motivos para la insurgencia, les fueran indiferentes, o no tuvieran importancia para ellos, o no estuvieran presentes en el proceso.

Los indígenas y en general los sectores populares no fueron realistas o patriotas incluso indistintamente, señala Serulnikov, porque estas causas y motivos no les importaran, o no las considerasen; o porque como fueron incorporados a la fuerza terminarían por apartarlas de su ideario al no tener otra opción; o porque no comprendiesen el sentido de estar alineados con uno y u otro bando; incluso porque se vieron impelidos a participar de uno u otro modo dadas las relaciones clientelares que mantenían con sus patrones hacendados; o por recibir incentivos inmediatos... todo eso pudo

---

9 SERULNIKOV, Sergio. “En torno a los actores, la política y el orden social en la Independencia hispanoamericana. Apuntes para una discusión”, en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, (Debates, 2010).

estar presente, pudo formar parte del haz de circunstancias entre las que debieron tomar sus decisiones, desde luego...

Pero lo que demuestran las fuentes y trabajos puntuales realizados con esmero a partir de ellas<sup>10</sup>, es que existían, en estas sociedades indígenas y campesinas, profundas y grandes expectativas de cambios que intuían iban a producirse y sucederse con el fin del Antiguo régimen, la expulsión de los españoles y el desmantelamiento del régimen colonial tal cual lo habían conocido hasta entonces.

Como antes he intentado explicar, es como si existiera un proceso dentro de otro: en una tradición tan profunda como antigua de resistencia, siempre existió –y ahora en 1810-1825 también– una energía, un sentimiento, una creencia en las posibilidades mesiánicas de redención. Al fin y al cabo, era eso por lo que llevaban luchando desde décadas atrás, no a nivel general para toda la sierra, pero sí a la escala de las grandes regiones de ella. Un desmantelamiento del régimen colonial que, actuando tanto desde un campo como desde otro, desde el realista o del patriota (hay que descender a los casos micro) ellos ayudaron a consumir, y diseñaron a partir de esta

---

10 Quiero citar aquí los dos últimos trabajos al respecto recién publicados: Una obra producida en la órbita del bicentenario, en este caso de la sublevación de Cusco de 1814-1815: *El Cusco Insurrecto. La revolución de 1814 doscientos años después*. Colectivo por el Bicentenario de la Revolución del Cusco. (Ministerio de Cultura, Dirección Desconcentrada de Cultura de Cusco, 2016). Varios de sus autores abordan el tema de la participación indígena en estos acontecimientos. Como señala Luis Miguel Glave en el estudio introductorio, “la participación popular indígena fue masiva. No se puede explicar solo por el ascendiente de Pumacahua. Miles de indios se sumaron a blancos y mestizos que comandaron las tropas rebeldes y otros tantos en sus pueblos resistieron el intento de pagar el tributo cuando fue abolido y luego se negaron a pagarlo cuando se restituyó como contribución. Los furros campesinos se mantuvieron en varios focos y por mucho tiempo”. Efectivamente, en buena parte de los trabajos aquí compilados se destaca el papel jugado por las principales familias-linajes incaicas presentes en la ciudad y la región, en especial los Pumacahua, Sahuaraura, Gumanrimachi, Tito- Atauchi, Chillitupa, Sayritupac, Atayupanqui, etc., y en otros el rol fundamental de los colectivos (comunidades, pueblos de indios, peones de haciendas, etc.) que tan activamente participaron en la gran sublevación, que aunque organizada y dirigida por las clases poderosas cusqueñas, es claro –y la documentación menuda así lo prueba– que otros muchos sectores de campesinos y grupos indígenas actuaron en función de sus propios intereses, y mantuvieron dinámicas propias, dirigencias propias, motivos propios... a la hora de alzarse contra las autoridades coloniales. La otra obra reciente que deseo citar en esta misma dirección es la compilación realizada por CHUST, Manuel y ROSAS, Claudia. *El Perú en Revolución. Independencia, guerra y revolución* (Castellón-Lima: Universidad Jaime I y PUCP, 2017), con trabajos de varios autores que resaltan el papel de los sectores populares en la independencia peruana, especialmente de los grupos indígenas, demostrando la importancia del tema y la imposibilidad de seguir ignorando esta presencia de cara a entender cabalmente el proceso en toda su complejidad.

ruptura un nuevo sistema político y social que quisieron hacer emerger tras la expulsión de los españoles, y que seguramente gustó poco a los responsables criollos de la nueva construcción republicana y así lo hicieron notar con acciones de fuerza; de ahí las resistencias recíprocas a aceptar las mutuas propuestas; de ahí el conflicto que siguió.

Una perspectiva que ha mantenido para México Eric Van Young hace unos años<sup>11</sup>. Su propósito, advertía, era escribir la otra historia: dejar de ver “en una magnificada Independencia, una sola batalla y la gesta de unos cuantos personajes”. Si la guerra por la independencia iniciada en Nueva España en 1810 había puesto de manifiesto las contradicciones sociales del periodo y las tensiones provocadas por un averiado régimen colonial, según advirtieron sus principales actores, dejándolas reflejadas en sus escritos y memorias, los elementos de confrontación étnica tuvieron que brotar por doquier. Y son muy visibles si queremos verlos, si nos adentramos en la lectura reposada pero firme de la documentación.

Van Young propone tomar en consideración los motivos de la insurgencia en esos años (grosso modo 1770-1825) a nivel local o regional, y el papel de los líderes en el desarrollo de la protesta y de la violencia política de estos años (Me fijo ahora en su caracterización de los indígenas, de los notables indígenas, y también de los cabecillas no indígenas de los movimientos campesinos). Y se adentra más todavía en la “ideología y la violencia popular” al analizar el lenguaje de la insurgencia, sus discursos y consignas, sus emociones, los rumores que propagaban, en un tratamiento forzosamente microhistórico de estos sucesos.

Es así (y lo mismo puede servir para México que para el Perú y para los Andes en general) cómo puede detectarse -quiero señalar con énfasis- por encima del ruido de la pelea entre las élites, la “ideología de los alzados”; una “ideología” (si puede aplicarse así sin más el término) desde luego informal (por no reglada o ajustada a “norma”), múltiple, desarmónica (por no ajustarse al “orden”) y poliédrica, a la vez atávica y a la vez novísima, insertada en un largo proceso de resistencia cultural de las comunidades indígenas/campesinas, de carácter popular, mezclada con creencias mesiánicas o milenaristas, que forman parte esencial de

---

11 VAN YOUNG, Eric. *La otra rebelión. La lucha por la independencia de México 1810-1821* (México: FCE, 2006).

las lógicas revolucionarias propias de estos colectivos en el periodo. Y no hay otro modo de entender cabalmente el proceso y su participación en él de estos colectivos, si no es considerando todo lo anterior. Esta mixtura es parte fundamental de la cultura de lucha anticolonial y antisistema que constituyó el pensamiento popular de la insurgencia. Lo que la historiografía no ha querido ver, estaba en realidad sumergida en los ríos profundos de una firme posición política y en una cultura de resistencia sólida y reforzada con el tiempo, desde siglos atrás.

La idea de la existencia de un conflicto “etnocultural” cobra, pues, más fuerza y, como señala Van Young, en esto se diferencia el proceso indígena americano de las grandes revoluciones que ocurrieron en el mismo lapso de tiempo; quizás salvo el caso haitiano, señalo yo.

El estudio de esta insurgencia de largo aliento que puede detectarse en la documentación, y que permanece oculta si no se la devela con paciencia entre los abundantes y dispersos expedientes judiciales y militares conservados en lugares en ocasiones de difícil acceso, exige un esfuerzo en horas/archivo prolongado y a veces penoso en cuanto a condiciones de trabajo (dos factores que ha desalentado a mucho investigador) pero cuyos resultados originan una cuidadosa revisión de los mitos historiográficos sobre las independencias y las construcciones nacionales, y mueven a una reflexión sobre el desarrollo de la violencia como parte de la tradición política en estas regiones en las décadas que siguieron.

Desde luego ponen de manifiesto la falta de paralelismo entre los propósitos de las élites criollas, los grupos de mestizos poderosos, la “gente” de los barrios y los indígenas de pueblos, comunidades y haciendas, y explica en buena parte la deshilvanada situación política del siglo XIX, la falta de un sentido único para los nacionalismos, y el mantenimiento de la contestación, la protesta (cuando no la prosecución de la insurrección) por parte de determinados sectores populares, indígenas y campesinos, una vez culminados los procesos anticoloniales.

Cuando en el caso peruano se han realizado este tipo de trabajos, más menudos, con ópticas menos abiertas, y mantenido este tipo de mirada micro, los resultados han sido muy significativos para mejor entender el proceso. Claro está, esto sucede cuando el investigador decide meterse con espíritu de minero en el socavón de los archivos donde esta historia

yace enterrada. Y es bien laborioso hacerlo, y bien lento. No es una tarea apropiada para trabajos de urgencia.

### 3. Un caso entre muchos: 1815, Ocongate.

David Cahill, trabajando las fuentes de un modo minucioso y preciso, en un estudio ya citado realizado en 1988 sobre los sucesos de Ocongate de 1815<sup>12</sup>, logró demostrar cómo frente al silencio general sobre la participación indígena, o sobre su papel irrelevante o secundario en el proceso de independencia, del análisis “menudo” de la documentación se extrae una conclusión bien distinta<sup>13</sup>: en la región y a la par de los acontecimientos del Cusco de ese año, en la zona de Ocongate, el movimiento contra las autoridades estaba en manos de la población indígena organizada<sup>14</sup>.

En cada ayllu se había establecido una unidad militar puesta al mando de los “segundas”, autoridades encargadas de que cada indígena estuviese bien armado con su palo y su honda (guaraca), y los más ricos con rejonés. El líder del movimiento en la zona, Jacinto Layme, aparecía rodeado de alcaldes “vara” y otros regidores de los cabildos indígenas, contando con “edecanes” que “corrían” llevando sus órdenes de un lugar a otro, y con oficiales denominados “capitanes-comandantes”, “coroneles”, y un “Juez y General”. Usaban para la organización el horario y calendario litúrgico, las ocasiones de misas y rosarios, y mantenían una nomenclatura militar propia, con palabras tomadas de la militarización que vivió la sierra con motivo de la sublevación de 1780, de las recientes expediciones organizadas por el arequipeño Goyeneche contra los alzados del Alto Perú en 1810 en las que algunos habían participado, y de sus formas ancestrales de organización comunal. Con los personeros (“indios más apersonados”) de las comunidades, al mando de los cuales iban las tropas de “la indiada”, divididas en tres secciones marchando al son de “tambores y clarines” (no fututos ni sikuris) sitiaron el pueblo de Ocongate y atacaron la iglesia a la hora de la misa, donde se encerraron los notables del pueblo con sus pongos y allegados. Algunos testigos hablan de 3.000 asaltantes, lo que

---

12 CAHILL, David. “Una visión andina: el levantamiento de Ocongate de 1815” (*Histórica*, XII, 2. Cit., 1988).

13 Archivo Departamental del Cusco: Intendencia. Causas Criminales: Legajo 116: “Expediente criminal seguido contra Jacinto Layme y su hijo Carlos Layme por la complicidad en la revolución de Ocongate, 1817.

14 *Ibíd.*, pp. 148 y ss.

demuestra el poder de convocatoria de las comunidades organizadas, que muy significativamente y en apoyo de lo que venimos indicando a un testigo estas tropas “en todo recordaban a las de Túpac Amaru”<sup>15</sup>. Decían querer matar a “los españoles” (blancos en general), según confesaba un indígena capturado, y su motivo era “acabar con todo español y mestizo y quedar solamente los indios”<sup>16</sup>.

La respuesta de los encerrados no pudo ser más simbólica del universo en el que se desarrollaban estas acciones: el teniente cura de Ocongate, un mestizo llamado Manuel Flores, salió de la iglesia hacia la plaza donde estaban los atacantes “con capa, cruz alta y ciriales, y con la efigie del Señor de la Agonía que con el nombre de Tayacani adoramos con mucha devoción”, señaló otro testigo. El cura caminó por la plaza entre los indígenas haciendo besar a cada uno la imagen del Tayacani hasta que la mayoría se dispersó por las calles abandonando las proximidades de la iglesia, y aguardando en las afueras del pueblo donde se volvieron a concentrar. Mientras, comían ganado de las haciendas de los blancos, alegando que habían sido aquellas sus antiguas tierras, y repartiendo entre ellos las mercancías de los almacenes del pueblo, propiedad de los “españoles” a quienes acusaban de ladrones por lo que era “justo” tomarlas como reparación.

En este sentido es muy significativo, para conocer lo complejo de la situación en la sierra en este proceso, cómo algunos de los encerrados en la iglesia y notables del pueblo, como Mariano Dámaso Aparicio y Lorenzo Gallarreta, habían participado como activistas en la revolución del Cusco apenas unos meses antes, pero previamente también habían formado parte de la expedición de Goyeneche al Alto Perú<sup>17</sup> de 1810. Es decir, frente a este carácter bifronte y contradictorio de las élites locales del interior cusqueño, los indígenas parecen muy claros y decididos en sus propuestas y sus proyectos. Para ellos, Aparicio y Gallarreta eran “españoles”, y su participación en los sucesos del Cusco parecían no valorarla en absoluto.

Poco después, Layme juntó más gente en Marcapata y regresó a Ocongate con el propósito de intentar tomar de nuevo el pueblo y saquear a los blancos para recuperar lo mucho que les habían robado, e inclusive

---

15 Folio 29 reverso del expediente.

16 Folios 5-6.

17 Folio 31 reverso

matarlos, como “casta que debía desaparecer”. Pero el expediente termina aquí.

Es decir, y como señala Cahill, puede observarse la existencia de un puñado de motivos todos mezclados en esta revuelta: el deseo de venganza, de recuperar sus tierras y recobrar lo robado, de acabar con los blancos y chapetones... De la documentación se deduce que cada testigo interrogado alegó una razón para estar allí, y otorgaba un significado propio al hecho de por qué estaba insurgiendo contra el sistema, conformando el conjunto de las respuestas un rosario de quejas aparentemente más individuales o particulares que colectivas, pero en realidad todas aunadas en una misma dirección, la de acabar de una vez con los abusos y alcanzar un nuevo tiempo de redención, de manera muy similar a lo que puede leerse en los testimonios obtenidos de los alzados con Túpac Amaru.

Es decir, la participación indígena iba más allá, como vemos, de los sucesos tradicionalmente conocidos y estudiados de los hermanos Angulo, el mismo Pumacahua o las familias criollas de la élite cusqueña. Los indígenas de Quiquijana, Ccacta, Colquepata y Ocongate, se hallaban construyendo su propia insurgencia. Layme no era el líder único. Con él aparecen otras autoridades como “el indio Ignacio Huiccollo” del ayllu Callatiacc, o José Quispe Cruz, el alcalde del ayllu Ochacc. En el expediente también se menciona al insurgente principal del Collao, Huamantapara, quien había enviado precisas instrucciones militares a Layme sobre tácticas de lucha y reclutamiento, lo que demuestra que además existían nexos o conexiones entre estos líderes sumergidos por la historiografía en el anonimato en regiones no tan cercanas... y más personajes como Agustín Villacorta o Francisco Niñahuaraca... un mundo por investigar.

La misma figura de Layme merecería un estudio en profundidad, tanto por él mismo como por lo que puede aportar como figura representativa de estas dirigencias indígenas de las que sabemos tan poco, y sobre su modo de cómo se hicieron con el control de poblaciones completas. Cahill indica que Lyame podía ser un danzaq (danzante de tijeras, dominador del atipanacuy, o pruebas a superar como “supaypa wawan”, hijo del diablo) y por tanto dotado de un fuerte carácter mágico-religioso con el que podía convencer a las autoridades de la conveniencia de su levantamiento y la aquiescencia para el mismo de las divinidades andinas. En este movimiento sobre el pueblo de Ocongate la presencia de los cultos religiosos indígenas fue muy importante, pues según se indica en el documento (fol. 44), Layme

fue invitado en el contexto del Qoyllur Rit'i (una gran celebración religiosa de adoración al cerro Ausangate) por el ayllu de "Apu" (sic.) a "degollar un torillo", como pago (ofrenda) a la montaña para propiciar el éxito de la empresa que iba a iniciarse.

Todo ello nos convoca, como indicaba más arriba, a replantear y reformular casi por entero los que hasta ahora han constituido principales tópicos historiográficos, concluyendo que el tema de la participación indígena en los procesos de independencia no ha sido desarrollado con la extensión, profundidad e intensidad que el asunto amerita y requiere, de cara a comprender y explicar cabalmente esta compleja coyuntura.

Porque ¿cuántos expedientes como el de Archivo del Cusco, Intendencia, Criminales, 116, nos aguardan sin estudiar en los repositorios andinos? ¿Cuántos comuneros y líderes como los mencionados existieron y participaron con sus propios proyectos, sus propias iniciativas, creando su propia historia? ¿Cuántas más Cartas de Jamaica quedan por descubrir y valorizar?

#### 4. Más al Sur: la insurgencia en el Alto Perú.

En otros países de la región andina, abordando esta misma cuestión, motivados o no por las conmemoraciones de los bicentenarios (1809-1810 en Bolivia, Ecuador, Chile, Colombia) los viejos tópicos han comenzado a ser revisitados y analizados con mayor prolijidad por nuevas ideas y conceptos, gracias a una buena colección de estudios de caso, muy reveladores, que se han ido publicando. Y nuevas Cartas de Jamaica han ido apareciendo.

Primero a nivel general, se han realizado trabajos que observaron a toda la región andina en su conjunto para este tema de indígenas e independencias, como los de CHUST, Manuel y FRASQUET, Ivana (eds.) (2009): *Los colores de las independencias iberoamericanas. Liberalismo, etnia y raza*, Madrid, CSIC; y MARCHENA, Juan (2003): "La expresión de la guerra. El poder colonial. El ejército y la crisis del régimen colonial", en *Historia de América Andina*, 'Crisis del régimen colonial e independencia', Vol. 4, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar; o también MARCHENA, Juan (2007): "Los procesos de Independencia en los Países Andinos: Ecuador y Bolivia", en CHUST, Manuel y SERRANO, José Antonio (eds.) *Debates sobre las independencias iberoamericanas*, Madrid, Iberoamericana Vervuert-AHILA.

En el caso boliviano y desde años atrás (1982) Tristan Platt ya había destacado en *Estado boliviano y ayllu andino*<sup>18</sup> que los indígenas del norte potosino se mostraron extraordinariamente activos en todo el proceso de la independencia, participando del mismo no solamente durante la guerra sino al terminar la misma, reformulando y estableciendo un nuevo “pacto tributario” que siguió funcionando durante las primeras décadas republicanas: siguieron pagando el tributo a cambio de mantener el derecho a sus tierras comunitarias y para obtener la protección estatal sobre las mismas.

La historiografía boliviana ya había insistido previamente, aunque con cierta tibieza, en la importancia de esta presencia indígena en el proceso de liberación colonial. Ciertamente, y al igual que en el Perú, desde el S. XIX se había partido de las mismas ideas desvalorizadoras de cualquier posible participación de los colectivos indígenas en la guerra y en la construcción nacional. En palabras de algunos autores, se trató de una presencia que “estorbaba más que ayudaba”, una imagen que extendieron José Manuel Cortés desde 1861 o Bartolomé Mitre en 1887<sup>19</sup>; e ideas que continuaron difundándose ya en el S. XX por Luis Paz y su *Historia general del Alto Perú, hoy Bolivia*<sup>20</sup> (1919), quien en todo caso asignaba algún valor a los indígenas como cargadores de pertrechos o porteadores de cañones, señalando que “algunas partidas de indios armados” “obedecían órdenes de ciertos caudillos” siendo “poco temibles en el campo de batalla” (p. 235) Frases similares expuso casi a la vez Alcides Arguedas en *La fundación de la República* (1920)<sup>21</sup>

Hay que esperar hasta la década de los 50 para hallar pasos adelante en este reconocimiento. En 1956, Víctor Santa Cruz mostró en sus ensayos históricos<sup>22</sup> unos pueblos indígenas fuertemente motivados en sus luchas contra la dominación colonial, participando activamente en los grandes

---

18 PLATT, Tristan. *Estado Boliviano y ayllu andino. Tierra y tributo en el norte de Potosí* (Lima: IEP, 1982).

19 CORTÉS, José Manuel. *Ensayo sobre Historia de Bolivia* (Sucre, Imprenta de Beeche, 1861); MITRE, Bartolomé. *Historia de Belgrano y la guerra de independencia de Argentina* (Buenos Aires: Ed. Félix Lejouane, 1887).

20 PAZ, Luis. *Historia general del Alto Perú, hoy Bolivia*, Vol. II, *Guerra de la Independencia* (Sucre: Imprenta Bolívar, 1919).

21 ARGUEDAS, Alcides, *La fundación de la República 1808-1828* (La Paz: Colegio Don Bosco, 1920).

22 SANTA CRUZ, Víctor. *Narraciones históricas* (La Paz: Ed. Universo, 1956).

sucesos de 1809 y 1810-12 y en las principales batallas, apareciendo como actores decididos en la guerra, con sus propios proyectos y sus propios objetivos. Y poco después, en 1962, se publicó la primera monografía al respecto, la de Alipio Valencia Vega, *El indio en la Independencia*<sup>23</sup>, aunque, al igual que en el trabajo anterior, se trata de un ensayo dotado de un discurso decidido a favor de los indígenas y sus luchas, pero sin aportar mayores datos que fueran producto de una investigación documental. Seguirá el trabajo muy conocido de Charles Arnade (1972), sobre *La dramática insurgencia de Bolivia*<sup>24</sup>, que se hará un clásico en la historiografía boliviana, todavía muy tibio en esta materia en cuanto no termina de despegarse de los tópicos sobre la manida “ignorancia política indígena”, la que les llevaba, según él, a continuos cambios de posición en el conflicto y por tanto a ser “escasamente confiables”. Por fin en 1979 apareció el primer gran trabajo sobre el tema, de René Arze Aguirre, *la Participación popular en la independencia de Bolivia de 1979*<sup>25</sup>, donde la documentación utilizada con rigor y amplitud comienza a mostrar a las sociedades indígenas plenamente implicadas más que activamente en la guerra, con sus propias reivindicaciones, planes, discursos, dirigencias y propuestas muy concretas: mitas, tributo, pongaje, tierras, autoridades...

Pasarán muchos años (hasta 2006) para que se diera otro paso importante en esta dirección: la aparición de la obra de Sinclair Thompson sobre la concreción de la existencia de un proyecto político aymara en la insurgencia independentista<sup>26</sup>, y al año siguiente el trabajo sobre el diario de José Santos Vargas, un testigo de todos estos sucesos desde su desempeño como insurgente en una de las guerrillas indígenas de la guerra<sup>27</sup>, que permitió a María-Danielle Demélas publicar un interesante estudio sobre la intrahistoria de esta participación indígena<sup>28</sup>. En estos trabajos las

---

23 VALENCIA VEGA, Alipio. *El indio en la Independencia* (La Paz: Ministerio de Educación, 1962).

24 ARNADE, Charles W. *La dramática insurgencia de Bolivia* (La Paz: Ed. Juventud, 1972).

25 ARZE AGUIRRE, René Danilo. *Participación popular en la independencia de Bolivia* (La Paz: Quipu, 1979).

26 THOMPSON, Sinclair. *Cuando solo reinasen los indios. La política Aymara en la era de la insurgencia* (La Paz: Aruwiyiri-Muela del Diablo, 2006).

27 Editado en 1852 y de nuevo en 1982. VARGAS, José Santos. *Diario de un Comandante de la Independencia Americana. 1814-1825*. (México: S. XXI, 1982). Prólogo y notas de Gunnar Mendoza.

28 DEMÉLAS, María-Danielle. *Nacimiento de una guerrilla. El diario de José Santos Vargas (1814-1825)*, (La Paz: IFEA-Plural, 2007).

comunidades aparecen como organizaciones muy fortalecidas y eficaces, con sus caciques o principales al frente, caudillos muchos de ellos de nuevo cuño, surgidos como nueva dirigencia del seno de las comunidades y los pueblos de indios, a veces en franca oposición a los linajes tradicionales, dotados de una gran autoridad personal y fuerte carisma para la lucha.

Es decir, los indígenas no solo vinieron a ser sujetos que hicieron la guerra colectiva e individualmente, sino que fueron también actores políticos que resolvieron, tomaron sus decisiones y atacaron los pilares de la dominación colonial, y muy en concreto al robustecimiento de la hacienda colonial hispano-criolla que se estaba extendiendo implacablemente desde las últimas décadas del S. XVIII sobre las tierras de comunidad y de los pueblos. La guerra era por tanto un modo de frenar este avance y de reconquistar lo perdido.

María Luisa Soux ese mismo año 2007 realizó también otro importante trabajo, tras revisar la abundante documentación sobre Oruro en el periodo<sup>29</sup>, en el que demostró que, efectivamente, los indígenas estaban participando en la guerra muy activamente en defensa de sus tierras, de sus tradiciones, de sus intereses, con un particular proyecto político de consolidación de autoridades. Y finalmente Roger Mamani (2010) descendió al detalle de situarnos ante los casos concretos del funcionamiento pormenorizado de estas guerrillas en los Valles donde la participación indígena no es que fuera relevante, sino que aparece como determinante y fundamental<sup>30</sup>.

Todavía algunos autores como José Luis Roca<sup>31</sup> no han dejado de señalar que esta presencia indígena en la guerra fue muy importante. Tras los sucesos de Chuquisaca de 1809, el mundo indígena del altiplano se volcó contra la capital paceña, hasta sitiarla repetidas veces: apareciendo autoridades como los caciques Victoriano Titichoca o Carlos y Santos Colque, líderes como el cura Jiménez de Mancocápac, y la numerosa milicia indígena organizada por el mestizo Juan Manuel de Cáceres, las tropas indígenas de Ayo-ayo, Calamarca y Sicasica, que sitiaron La Paz, que

---

29 SOUX, María Luisa. *Guerra, ciudadanía y conflictos sociales: Independencia en Oruro: 1808-1826* (Tesis Doctoral, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2007).

30 MAMAN SIÑANI, Roger Leonardo. *La División de los Valles: estructura militar, social y étnica de la guerrilla de La Paz y Cochabamba. 1814-1817* (La Paz: EIB-ASDI, 2010).

31 ROCA, José Luis. *Ni con Lima ni con Buenos Aires: la formación de un estado nacional en Charcas* (La Paz: IFEA-Plural Editores, 2007).

siguieron dominando la región desde Puno hasta Porco en 1811 y 1812, que cercaron de nuevo La Paz ahora como “Ejército Restaurador de los Indios del Perú”, aislando en el sur al ejército realista de Goyeneche...

No solo estuvieron ahí sino que su participación fue definitiva para la marcha de la guerra. Comunidades de Pacajes, Omasuyos, Chucuito, Puno, Corque, Andamarca, Poopó, Paria, Toledo, Chaillapata, Chalalcocho, Chayanta, Gulla...

Y poseían su propio programa político, programa indígena exclusivo, reivindicativo de reclamos bien concretos, como este de 1810: No al pago de tributos, y menos aún “de los últimos tres años, que es cuando el rey fue muerto por los franceses a traición”, porque esos dineros lo están gastando las autoridades coloniales en las “arreadas” de soldados contra ellos; no a la mita de Potosí, porque los azogueros “no hacen más que armar latrocinios contra los pobres indios y tenerlos cautivos peor en que Turquía”; fin de las alcabalas a los indios en sus trajines; fin de los cobros por los curas de entierros y otros cobros “ladrocinios”, que su trabajo no es predicar sino sacar dinero de los indios; quitar los subdelegados de intendentes y sustituirlos por jueces elegidos por las comunidades; sustituir a los “caciques ladrones y a los curas piratas” por “buenos de las comunidades, para que los pobres indios no padezcan como cautivos, esclavos en tierras infieles”; que las comunidades se han de repartir los bienes de los “ladrones chapetones... y de los criollos traidores, que ellos se han aunado para dar contra los naturales del reino”; que no pagarán impuestos por la administración de justicia; que no se usarán indios para trabajar “sin pagarles sus diarios jornales”; que se acabarán los pongos de mulas o transportes, sino pagándoles “los fletes justos según las distancias y leguajes”; que no habrá en sus pueblos de indios vecinos mestizos que fuesen ladrones o traidores; que ningún hacendado podrá quitar o apropiarse de las tierras de las comunidades, ni por sí ni por pleitos de “lindades”<sup>32</sup>. Un programa tan extenso como concreto, que se remonta a reclamos mantenidos desde el S. XVI.

En el trabajo ya citado de René Arce, en los capítulos que él denomina la “herencia subversiva” y “la otra cara de la revolución” (es curiosa la

---

<sup>32</sup> Determinaciones adoptadas a favor de los indios de las comunidades y presentadas por los líderes indígenas alzados a las autoridades de Chuquisacasa en abril de 1810. En ARZE AGUIRRE, Op.cit., pp. 131 y ss.

similitud de lo planteado para México años después) y en el de Roger Mamani<sup>33</sup>, aparecen tras cada página combatientes “indios de hacienda”, “indios de comunicad”, caciques de linajes, caciques nuevos, caciques-capitanes, mandones, personeros, capitanes-comandantes... personajes que tienen nombres y apellidos y dirigían la insurgencia aquí y allá, como Agustín Barrueta, capitán de indios del pueblo de Sapaqui; Silvestre Hernández, cacique de Taca, en los yungas de La Paz; Ignacio Condo, capitán-comandante de los indios de su pueblo de Capinota, partido de Arque; Andres Simón, de Sicasica, “capitán de indios de la patria” y entregado por unos traidores y ajusticiado en la hacienda de Sacaca; o Miguel Mamani, vecino del pueblo de Palca, de Ayopaya, “capitán de indios a caballo”, que cuando fue detenido también por traición afirmó “saber la causa de su prisión, que es porque ha querido romper las cadenas con que lo habían ligado y por querer salir libre del gobierno español que ser un gobierno tiránico e intruso, que se llama Miguel Mamani, de pecho patriota fino”<sup>34</sup>.

O líderes surgidos del grupo de peones o colonos de las haciendas, como el capitán de indios Pablo Manuel, de la hacienda Pocusco, en la doctrina de Mohoza, cuya organización se basaba en su núcleo familiar: hijos, sobrinos, nietos, primos, hermanos... o Rudesindo Viñaya, capitán de indios de la hacienda de Ajamarca<sup>35</sup>.

Y además de esto emerge de la documentación y en el *Diario...* de Vargas la gran cantidad de soldados y combatientes indígenas, con sus nombres, sus referencias, sus localidades de origen... Soldados que figuran “con sus trenzas” y sin uniformes, o también con uniforme, con sus caudillos naturales al frente, agrupados por comunidades, por pueblos de indios, o a veces por haciendas cuando se trataba de peones... Y aparecen en los documentos las batallas en las que participaron, con las descripciones de las mismas, sus acciones individuales, cómo subieron tal o cual loma, como desplegaron sus guaracas, cómo atraparon a aquel soldado del rey al que agarraron por la punta de su casaca, los combates, los heridos, los caídos<sup>36</sup>...

---

33 *Ibíd*, pp. 100 – 112; MAMANI SIÑANI, *Op.cit.*, pp. 138 y ss.

34 MAMANI SIÑANI, *Op.cit.*, p. 149.

35 *Ibíd*, p. 163.

36 *Ibíd*, p. 160.

Otras veces aparecen actuando, según la documentación, en operaciones propias de guerra insurgente o de bandolerismo, según unos y otros, aunque casi siempre asoma su causa entre los datos aportados, como es el caso del caudillo indígena de la zona del lago Poopó, Blas Ari, estudiado por María Luis Soux<sup>37</sup>. Era oriundo de la hacienda de Aruuma, y su partida asaltaba viajeros en la ruta de Potosí, robándolos para destinar el dinero a la insurgencia indígena que operaba a las órdenes de Juan Manuel de Cáceres. Otras veces asaltaban pueblos y comunidades exigiendo el tributo para que no pagaran a las autoridades coloniales; o incluso recibían donativos de ellas con mayores o menores aprietes. Actuaba a lo largo de todo el partido de Paria, en Toledo, Culpa, Pampa Aullagas, Salinas de Garcí Mendoza... Guardaban lo robado usando una red de personas que ocultaban los bienes antes de venderlos, y contaba con la colaboración de algunos alcaldes, entre ellos el del pueblo de Culpa, Juan de Dios Aduviri y sus comuneros. Pero su captura la realizó el alcalde de Challapata con 80 indios de Guari, Condo Condo, Quillacas y Pampa Aullagas, al mando de los “mandones” don Manuel Pacheco, don Antonino González, don Gabriel Choqueticlla, don Manuel Puri, y don Bernardo Morales, cacique de Pampa Aullagas (obsérvese, todos dones). Detuvieron a algunos de sus correligionarios y a la esposa de Ari, Manuela Colque, en el camino hacia esta localidad, y alcanzaron recuperar parte de los bienes robados, de los que hicieron inventario<sup>38</sup> y entregaron a sus dueños (significativamente, las propias comunidades robadas) Los mandones querían dejar en claro a Ari cómo era la cuestión: una cosa era robar a los viajeros, aún en nombre de la libertad, y otra asaltar a las comunidades. Sus autoridades no se lo permitieron.

De nuevo un solo expediente abre puertas a entender la complejidad de este universo. Documentos en los archivos locales y en los expedientes de justicia de los archivos nacionales andinos que siguen esperando los grandes trabajos que los analicen, y con ellos a todos estos personajes, sus

---

37 SOUX, María Luisa. “Los caudillos insurgentes de Oruro: entre la sublevación indígena y el sistema de guerrillas” (2009), En: BARRAGÁN, Rossana (Comp.). *De Juntas, guerrillas, héroes y conmemoraciones* (La Paz: Gobierno Municipal de La Paz, 2009), p. 198.

38 Archivo y Biblioteca Nacional de Bolivia, Sucre (ABNB), “*Sobre los saqueos que realizó Blas Ari por el camino de Pampa Aullagas bajo inventario de los bienes que llevó*”, 1812. Folios 35-36. Sobre la participación del alcalde de Culpa, el expediente en el Archivo Judicial de Poopó, N. 1177.

comunidades, sus discursos, sus ideas, sus reclamos, que están, como en el caso del Perú, esperando a quien los introduzca en los libros de historia.

Indígenas que aparecen participando y no solamente en el campo insurgente sino también en el realista. Antes comentamos la gran cantidad de documentación que las autoridades coloniales, militares y civiles, acumularon durante la guerra, en forma de diarios de operaciones, partes, informes, estadillos, propios de varios ejércitos diseminados por un enorme territorio y operando a la vez, con un mando centralizado en el virreinato que, además, debía dar cuentas a la Corte. En estos documentos la participación indígena está siempre presente, en cuanto constituían las principales masas de operación de los ejércitos de Goyeneche, Tristán, Ramírez, Pezuela, Valdés, Canterac... Sin ellos la guerra era imposible: una guerra con indígenas, masiva, continua y extensa.

Y no solo fueron carne de cañón de los realistas sino que ahí estaban también sus líderes y sus caciques, capitanes de indios, del pueblo tal o cual, como hemos visto entre los insurgentes, desde luego defendiendo sus intereses en una negociación que, al fin y al cabo, era la misma que venían efectuando con las autoridades coloniales desde décadas atrás. Y ahí estuvieron también los grandes personajes como Mateo Pumacahua y el poderoso cacique de Chinchero Manuel Choquehuanca, enviados por el virrey del Perú a socorrer Puno y liberar la Paz del sitio al que la tenían sometido los caudillos indígenas del altiplano, y enlazar con el bloqueo Goyeneche en el Sur de Charcas. Pumacahua partió desde Cusco con tropas indígenas (no había otras) de los distritos locales, sumando las llegadas de Arequipa y Tacna y recogiendo otras en Azángaro, en total más de tres mil indígenas de las comunidades bajo las banderas del rey con sus caciques y principales al frente que conformaban el estado mayor de Pumacahua, portando sus insignias y sus símbolos identitarios. Tropas que barrieron a los aymaras de Omasuyos y Larecaja tras muy duros combates como el de Tiquina, con centenares de muertos todos indígenas, rompieron el cerco de La Paz y continuando hacia Sicasica y Oruro hasta encontrarse con Goyeneche y marchar hacia Potosí<sup>39</sup>.

Como ya publiqué, usando los materiales del ejército realista dispersos por multitud de archivos, la documentación ofrece una visión muy diferente de la oficialmente reconocida imagen del ejército realista, tanto

---

39 ROCA, Op.cit., p. 201.

en este momento como en los años que siguieron<sup>40</sup>: según los informes de sus comandantes, la tropa del ejército del rey estaba compuesta “casi totalmente por soldados peruanos... y los oficiales que los mandan son en su gran mayoría también peruanos” (Nótese cómo estos oficiales, los caiques principales, según observaban los españoles, son tan “indios” como sus “soldados”, en presencia y en comportamiento) “Los oficiales andan vestidos con sombrero blanco redondo y una chaqueta sin divisa, y metidos en una capa, y con este traje montan guardia. Jamás se ven en la casa del general ni en la de sus jefes, a pesar de que las costumbres de estos se diferencian poco de las del subalterno, excepto alguno que otro... La tropa está desnuda la mayor parte, y no pocos soldados con el pie mondado en el suelo, todos con sombrero blanco redondo, y embozados con un poncho o manta, sin instrucción más que regular... La disciplina no la conocen, raro es el que sabe hablar castellano, excepto los pocos limeños y de Arequipa que hay, todos los demás hablan la lengua india... No comen en rancho, ni es posible hacerlos a este uso porque los más de ellos tienen sus mujeres o mozas siempre al lado, sin podérselas quitar, so pena de desertarse infaliblemente. Estas mujeres, todas indias y cholos, les guisan a su usanza, papas, chuño y maíz; ellas mismas buscan esa comida y la roban casi siempre en los pueblos de indios...”<sup>41</sup>. Y concluye que “cinco sextas partes son natales de las provincias del Cuzco, Puno y Arequipa... así como la oficialidad toda, natural de las mismas... excepto unos trescientos hombres, únicos que hay de Lima y otras partes”.

El coronel Ignacio Warnes, uno de los caudillos de las guerrillas patriotas, compuestas por indígenas como hemos visto, comunicaba al comandante del Ejército Auxiliar argentino que había vencido a los realistas en la quebrada de Santa Bárbara, entre Chuquisaca y Santa Cruz, y daba cuenta de contra qué ejército había peleado: “Los enemigos que nos combatían en el acto y después de la acción pasaban de cinco mil, por el frente la fusilería y la artillería, y por los costados y retaguardia la indiada de los pueblos, que manifestaron más calor que los primeros por la audacia con que nos acometían con las flechas”<sup>42</sup>.

---

40 MARCHENA, Op.cit., p. 117.

41 PEZUELA, Joaquín. “*Compendio de los sucesos ocurridos en el Ejército del Perú y sus provincias desde que el General Pezuela tomó el mando de él. 1813-1815*” (Chile: Biblioteca Nacional, Colección Barros Arana, 1815).

42 BIDONDO, Emilio A. *Alto Perú. Insurrección, libertad, independencia: Campañas Militares*, (Salta: Rivolín Hermanos, 1989), p. 227.

Un ejército del rey donde los indígenas conformaban la mayor parte de la tropa de combate; tanto que para distinguirse unos de otros, dado que no usaban uniforme sino sus prendas de campesinos que ya hemos visto descritas más arriba, en el *Diario* de Vargas, al referirse al combate de Cavari en 1817, se señala: “El enemigo tenía indiana. Nosotros también. Las divisas de nuestra gente eran una toquilla [cinta alrededor de la copa del sombrero] de paja verde, y la de los enemigos pintada de barro colorado, en los sombreros”<sup>43</sup>.

Es evidente el esfuerzo realizado por un aparte de la historiografía más tradicional (valga para la región andina en general) a fin de escamotear y no querer mostrar lo evidente, que los indígenas, colectiva (sobre todo) pero también individualmente, como actores políticos y sociales, junto con sus autoridades que lideraron sus movimientos, se hallaron en el primer plano de estos acontecimientos y gerenciaron su participación con toda la fuerza de su número, de su poderosa organización (que se devino cuando fue necesario en organización militar) y de la autoridad que le daba la justicia de sus reivindicaciones, situando esta insurgencia en el contexto de la resistencia y rebelión general de siglos frente al régimen colonial y de defensa de sus intereses. Pero eso sí, dotados de un fabuloso repertorio de recursos de negociación con todas las partes, que usaron con fruición. La defensa de sus intereses, como clase y como grupos étnicos, en el ejercicio de sus lógicas campesinas y de su cultura, les hizo ser sujetos propios, decisivos y definitivos sobre sí mismos y sobre los acontecimientos. Quizá ese fue el detalle, para nada de poca entidad, por el que la historiografía más tradicional decidió dejarlos fuera de las glorias nacionales.

## 5. Cartas indígenas de libertad desde el reino de Quito.

En la historiografía ecuatoriana, casi todo lo anteriormente explicado sobre Perú y Bolivia puede tener mucha validez. Será a mediados de los 70 cuando aparezca el revelador y rupturista trabajo de Jorge Núñez “El mito de la Independencia” (1976)<sup>44</sup>, seguido de los de Andrés Guerrero y Rafael Quintero (1977)<sup>45</sup>. Desde aquí comienza a introducirse a los colectivos indígenas con la importancia debida en el proceso de la independencia ecuatoriana; y enseguida, el estudio de tanta trascendencia historiográfica

---

43 VARGAS, Op.cit., p. 142.

44 NÚÑEZ, Jorge. *El mito de la independencia* (Quito: U.C.E., 1976).

45 “La Transición Colonial y el rol del estado en la Real Audiencia de Quito: elementos para su análisis”, en *Revista de Ciencias Sociales*, 2 (Quito: U.C.E.).

realizado por Segundo Moreno Yanez (1978) sobre las sublevaciones indígenas<sup>46</sup>. Luego, a partir de la aparición de la llamada *Nueva Historia del Ecuador*, a fines de los 80, esta visión se irá amplificando y los trabajos sobre estos colectivos indígenas se harán más numerosos, con los estudios de Carlos Landázuri (1988)<sup>47</sup> o Manuel Chiriboga (1989)<sup>48</sup> sobre la independencia y los indígenas, más los de Silvia Palomeque (1999)<sup>49</sup>, Valeria Coronel (2004)<sup>50</sup>, y otros de alcance regional como el de Rosario Coronel (1999) sobre “La contrarrevolución de Riobamba frente a la primera junta de Quito, 1809”<sup>51</sup>. Del mismo modo es esperada la tesis doctoral de Ana Luz Borrero para la región de Cuenca.

Otro de los autores más representativos de la historiografía ecuatoriana sobre el periodo, Jaime Rodríguez, en el capítulo titulado “Los indígenas y la nueva política”, de su libro *La revolución política durante la época de la independencia. El reino de Quito 1808-1822*<sup>52</sup>, realizó un pormenorizado estudio sobre el juego político de las autoridades indígenas en la coyuntura, y las muestra dinámicas, con clara conciencia del juego que podían dar las nuevas normas (constitucionalistas gaditanas, republicanas, aún absolutistas, propias del momento) a favor o en contra de sus intereses de étnia y clase. Es cierto que el resultado político del derrumbe del sistema colonial las pudo dejar inermes ante el liberalismo republicano desarrollado por las élites blanco-criollas tras el triunfo de la independencia, pero aún así continuaron buscando fórmulas de negociación con el nuevo régimen, un tema que queda también pendiente en buena medida en la agenda de los investigadores.

---

46 *Sublevaciones indígenas en la Audiencia de Quito, desde comienzos del S. XVIII hasta fines de la colonia* (Quito: Universidad Católica).

47 “La Independencia del Ecuador. 1808-1822”, en *Nueva Historia del Ecuador*, Vol. 5, (Quito: Corporación Editora Nacional).

48 “Las fuerzas del poder durante el periodo de la Independencia y la Gran Colombia”, en *Nueva Historia del Ecuador*, Vol. 6, (Quito: Corporación Editora Nacional).

49 “El sistema de autoridades de los pueblos de indios y sus transformaciones a fines del periodo colonial”, en MENEGUS BORNEMANN, Margarita (comp.). *Dos décadas de investigación de historia económica comparada en América Latina. Homenaje a Carlos Sempat Assadourian* (México: El Colegio de México, 1999).

50 “Narrativas de colaboración e indicios de imaginarios políticos populares en la revolución de Quito”, en BUSTOS, Guillermo y MARTÍNEZ, Armando, (eds.). *La Independencia en los países andinos: nuevas perspectivas* (Quito: UASB, 2004).

51 En BUSTOS, Guillermo y MARTÍNEZ, Armando, (eds.). *La Independencia en los países andinos: nuevas perspectivas* (Quito: UASB, 2004).

52 (Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, 2006).

## 6. Y al sur del sur: Chile. Indígenas en armas.

En Chile, el asunto de la participación indígena en el proceso de independencia se ha abordado a partir de los estudios realizados en cuatro focos geográficos diferentes: el de las comunidades del norte, en este caso muy ligado a la situación peruana y alto peruana, en Arica, Atacama, etc.<sup>53</sup>; el de los “indios de Chile central”, quizás el más novedoso para la historiografía chilena; el de las comunidades de la frontera del Biobío (Concepción, Temuco... hasta Valdivia) que en este caso se ha relacionado con la larga historia fronteriza del S. XVII al XIX de esta región<sup>54</sup>; y finalmente el de Chiloé, donde la participación indígena en la guerra, defendiendo las posiciones realistas, ha sido objeto también de interesantes trabajos, especialmente los de Gonzalo Aravena, Alejandro Orellana o Rodolfo y Ximena Urbina<sup>55</sup>.

---

53 Entre otros autores, HIDALGO, Jorge. “Amarus y Cataris: Aspectos mesiánicos de la rebelión de 1781 en Cuzco, Chayanta, La Paz y Arica”, *Chungara*, 10 (Arica: Universidad de Tarapacá, 1983); GONZÁLEZ, Héctor. “Los aymaras de la región de Tarapacá y el período republicano temprano (1821-1879)”, *Documento de Trabajo N° 45* (Santiago: Comisión Verdad Histórica y Nuevo Trato, 2002); DÍAZ, Alberto. “Los aymaras del norte de Chile entre los siglos XIX y XX. Un recuento histórico”, en *Atenea*, 507 (Concepción, 2013); SANTORO, Calógero y STANDEN, Vivien. *Pueblos del Desierto. Entre el Pacífico y los Andes* (Arica: Ediciones Universidad de Tarapacá, 2001).

54 PINTO, Jorge. *De la inclusión a la exclusión. La formación del estado, la nación y el pueblo mapuche* (Santiago de Chile: USACH, 2000); PINTO, Julio y VALDIVIA, Verónica. *¿Chilenos todos? La construcción social de la nación (1810-1840)* (Santiago de Chile: Ed. Lom., 2009); LEÓN SOLÍS, Leonardo. “Reclutas forzados y desertores de la patria: el bajo pueblo chileno en la guerra de independencia, 1810-1814” (Santiago de Chile: Revista Historia 2002) Vol. 35; LEÓN SOLÍS, Leonardo. *Ni patriotas ni realistas. El bajo pueblo durante la independencia de Chile 1810-1822*, (Santiago de Chile: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2012).

55 ARAVENA, Gonzalo. *Chiloé en documentos parlamentarios chilenos, Colecciones de documentos de las sesiones del Congreso Nacional (1819-1831)*, (Castro, Ed. 1826, 2014); IBÁÑEZ, Ignacio y ORELLANA, Alejandro. “Huellas de Chiloé en Lima (1808, 1824). Documentos recopilados en Archivos Históricos del Perú”, (Castro, Ed. 1826, Fondo Nacional del Libro, 2015); IBÁÑEZ, Ignacio y ORELLANA, Alejandro. “Epistolario de Antonio de Quintanilla y Santiago. Último gobernador monárquico de Chiloé (1817-1826)” (Castro, Ed. 1826-Fondo Nacional del Libro, 2015); ARAVENA, Gonzalo. *Chiloé, 1826. El proceso de incorporación de Chiloé a la República de Chile (1813-1831)* (Castro, Ed-1826 - Univ. de Los Lagos, 2016); ORELLANA, Alejandro. “Chiloé: cuerpos armados, reforma e independencia 1768-1813”, en *Lecturas y (re)lecturas en historia colonial II* (Valparaíso: Ediciones Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Universidad Católica Silva, HENRÍQUEZ y Universidad del Bío-Bío, 2013); ORELLANA, Alejandro. “De la reforma a la contrarrevolución: los cuerpos armados de Chiloé (1768-1813)” (2016), en CHUST, Manuel. (ed.), *El sur en revolución. La Insurgencia en el Río de la Plata, Chile y el Alto Perú* (Castellón: Publicaciones de la Universitat Jaume I); URBINA BURGOS, Rodolfo. *Población indígena, encomienda y tributo en Chiloé: 1567-1813. Política estatal y criterios locales sobre el servicio personal de “veliches” y payos* (Valparaíso: Ed. Universidad de Valparaíso, 2004); URBINA, Ximena. *La Frontera de arriba en el Chile Colonial: Interacción hispano-indígena en el territorio entre Valdivia y Chiloé e imaginario de sus bordes geográficos, 1600-1800* (Santiago de Chile: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2009).

Me interesa detenerme ahora, aunque sea muy brevemente, en dos de estos espacios, para explicar que el material documental específico para estudiar esta participación indígena es muy abundante, y cómo este asunto puede ser abordado con otra mirada, más allá de la tradicional que insiste en que esta participación apenas si fue relevante<sup>56</sup>: esos espacios a visitar son el del Chile Central y el de la frontera sur, entre Concepción y Valdivia.

Veamos el primero. Los llamados “indios del Chile central” constituían en estas fechas una población importante en número y en actividad pese a que tradicionalmente ha quedado invisibilizada por la historiografía tradicional chilena, en la medida que se la consideró una población inexistente ya para las primeras décadas del S. XIX, integrando los pueblos mestizos de la región. Se concluía que no había “indios” en esa zona o estos no conformaban sino grupos marginales y residuales. La visión aportada por las fuentes ahora revisitadas es otra, a partir de los estudios realizados sobre los sectores populares en esta región, en torno a los valles centrales y los contornos de la capital, con los trabajos de los ya citados de Julio Pinto Vallejo y un reciente estudio (2013) de Leonardo León Solís, “Monarquistas hasta el ocaso: los ‘indios’ del Chile central en los preámbulos de 1810”<sup>57</sup>; a los que se suman una serie de tesis de Licenciatura en Historia de la Universidad de Valparaíso, muy reveladoras al respecto, usando información primaria, como son las de Julia Arenas, Hugo Contreras, Alejandro Rebolledo o Alejandro Pavez<sup>58</sup>, más un artículo de Igor Goicovich sobre el alzamiento indígena de Chalinga (Conquimbo) en 1818<sup>59</sup>.

---

56 Esta idea ha sido criticada por varios autores, entre ellos, PINTO VALLEJOS, Julio. “El rostro plebeyo de la Independencia Chilena. 1810-1830”, en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, (Debates, 2010).

57 LEÓN SOLÍS, Leonardo. “Monarquistas hasta el ocaso: los ‘indios’ del Chile central en los preámbulos de 1810” (2013), en ROSEMBLITT, Jaime (ed.): *Las revoluciones americanas y la formación de los Estados Nacionales* (Santiago de Chile: Biblioteca Nacional, Centro Barros Arana).

58 ARENAS, Julia. *Tributo, status y propiedad: legislación republicana y comunidades indígenas en Chile central, 1810-1832*, (2000); CONTRERAS, Hugo. *Caciques y mandones en el pueblo de indios de Talagante (1700-1820) Disputas por el poder local en una comunidad originaria de Chile Central*, (1996); REBOLLEDO, Alejandro. *Estructuras políticas y organizaciones sociales en la comunidad aborígen de Lo Gallardo Llopeo, 1760-1820*, (1997); PAVEZ, Alejandro. *Despojo de tierras comunitarias y desarraigo territorial en Chile Central. El cacicazgo de Pomaire, 1600-1800*. (1997).

59 GOICOVICH, Igor. “Conflictividad social y violencia colectiva en Chile tradicional. El levantamiento indígena y popular de Chalinga (1818)”, en *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, N. 4 (Universidad de Santiago, 2000).

Leonardo León, en el trabajo citado más arriba, de nuevo a partir de fuentes primarias, esta vez los documentos contenidos en el fondo Capitanía General, sección Criminales, del Archivo Nacional Histórico de Chile, demuestra el gran dinamismo que poseían estos grupos indígenas en la región, que aún dentro de una marcada segmentación o fraccionalismo de los grupos mapuches agrupados en torno a fuertes liderazgos de tipo caciquil o “lonko”<sup>60</sup> (y entre grupos situados en el centro, área de Chillán, región del Biobío, cordillera, Valdivia y territorios continentales e insulares de la región de Chiloé) que no les permitió actuar colectivamente ni sus movimientos adquirir la magnitud de las grandes rebeliones en otras zonas de la región andina, tuvieron sin embargo un claro protagonismo en el proceso de las luchas por la independencia chilena. Surgen así historias comunitarias, aparentemente no conectadas unas con otras, pero que si se las observa en su conjunto constituyen un elemento de primer orden y peso en el análisis de este proceso.

En el caso concreto de estos “indios de Chile Central (desde Aconcagua hasta las riberas del Biobío, más de cuarenta pueblos, de Quilpué a Pemuco, de Vitacura a Pílcún, de Panquegue a Talca, de Melipilla a Colchagua o a Penco... con miles de indígenas pertenecientes a varios grupos étnicos originarios, aconcaguas, mapochoes, picones, cauquenes, cachapoales...) aparecen en la documentación numerosos y nutridos grupos de indígenas articulados en torno a la autoridad y prestigio de un *lonko*, a la circulación en su seno de bienes, servicios y alianzas, casi siempre de tipo familiar, manejando y controlando espacios económicos, físicos y rituales propios que gobernaban a su manera, mancomunados en la defensa de sus intereses, sobre todo de sus tierras, y generando reacciones violentas cuando personas o grupos se oponían a sus planes o atropellaban sus derechos<sup>61</sup>... Todo un mundo desconocido para el patriciado local, para estas fechas de principios del XIX ya fundamentalmente criollo, que ambicionó sus fértiles tierras (probablemente las mejores del país) y comenzó a ejecutar, lenta pero efectivamente un movimiento de ocupación de las mismas, mediante fórmulas de ocupación o de desalojo, a fin de ponerlas en remate y hacerse con ellas, alegando el salvajismo, la vagancia, inutilidad y peligrosidad

---

60 SILVA GALDAMES, Osvaldo. “Hombres fuertes y liderazgo en las sociedades fragmentadas: un estudio de casos”, en *Cuadernos de Historia*, 15 (Santiago: Universidad de Chile, 1995).

61 LEÓN SOLÍS, Op.cit., p. 284.

social de estos colectivos indígenas. La respuesta de los mismos, en muchos casos, fue violenta, y la represión mayor aún.

Por contra, las autoridades coloniales, que tradicionalmente habían mantenido los antiguos pactos con estas comunidades, recibieron el apoyo de éstas en su lucha contra al patriciado criollo, a fin de mantener, respetar y conservar “sus antiguos modos de vida”, constituyendo las claves de la “rebeldía indígena” contra la república; primero judicialmente, invocando el “derecho Indiano” en su propia tradición legalista, luego en acciones armadas que pudieron ser entendidas como de apoyo y lealtad al gobierno monárquico, en cuanto para ellos era la “autoridad tradicional”<sup>62</sup> que les mantenía su condición de “naturales” como marco de protección.

Es evidente que entre 1810 y 1825, la participación de estos grupos indígenas ponía y puso en serio peligro al proyecto independentista del patriciado chileno, formando con los españoles “un cuerpo respetable”, como los contemporáneos señalaron, por lo que consideraron necesario –y así se llevó a cabo- incorporarlos urgentemente a la república mediante un drástico proceso de “desnaturalización”. De ahí la inexistencia de “indios” que registran las fuentes republicanas de las décadas de los años 20, 30 y 40 del S. XIX, y la invisibilización con que quedaron registrados en la historia tradicional.

La otra región sobre la que quiero detenerme muy brevemente también para explicar cómo las fuentes, observadas con mayor minuciosidad, pueden ofrecer interesantes resultados en torno al tema que nos ocupa, es la comprendida entre la frontera de Concepción y el área de Valdivia incluyendo la cordillera. Una zona de guerra viva y activa durante más de 15 años, desde 1810 a 1827 al menos, en la que los ejércitos republicanos no se enfrentaron –salvo en muy contadas ocasiones– al ejército regular español, sino a los numerosos grupos indígenas que habitaban la zona. La guerra aquí fue la de las tropas enviadas por el gobierno republicano desde Santiago y Valparaíso para someter a los indígenas “salvajes y bárbaros” que les combatían en una nebulosa alianza con los españoles, y al frente de ellos sus caciques, temidos a la par que abominados.

---

62 *Ibíd*, pp. 303 y 322.

En un trabajo que estoy concluyendo sobre este tema, a partir de las memorias y testimonios del coronel Jorge Beauchef, que los combatió entre 1820 y 1827<sup>63</sup>, se contiene una enorme cantidad de noticias, informes, partes de batallas, notas etnográficas, opiniones personales, etc., de estas campañas, que demuestran la extraordinaria vitalidad de estos grupos de indígenas que durante más de siete años se enfrentaron a las tropas republicanas poniéndolas en jaque casi siempre, por el conocimiento que tenían de la región y por la defensa encarnizada que hicieron de sus territorios ancestrales. Beauchef los cataloga como bárbaros irrecuperables, halagados y mantenidos por los españoles desde tiempo inmemorial con continuas dádivas a las que estaban acostumbrados, y cuando no las recibían ahora de la república le hacían la guerra más cruel, añade. “Los españoles los habían habituado así”, escribía, pero el método era muy costoso y no había cómo mantener esa situación. Según él, al no recibir el trato anterior se sublevaron contra la república y no aceptaron su incorporación a la misma, prefiriendo siempre la libertad en sus tierras y en el mantenimiento de sus “bárbaras costumbres”. Especialmente dirigidos por sus caciques, a los Beauchef conoció y trató y combatió y finalmente exterminó, como única vía de sometimiento, aclaraba, la reducción y sometimiento de los indígenas fueron imposibles excepto por las enfermedades y el hambre, cuando los sacaban de sus tierras. Estos siete años de luchas continuas, rigurosa y prolijamente expuestas por Beauchef, con una colección de datos etnográficos y lingüísticos excelentes, demuestran que aún en esta región, al sur de la frontera del Biobío, donde se suponía que los indígenas se habían mantenido por fuera de la guerra contra los españoles, fue también un escenario de los conflictos más violentos de las guerras de independencia. Los pueblos mapuches habían escrito también, siguieron escribiendo, otras Cartas de Jamaica.

---

63 BEAUCHEF, Jorge. 1837. *Memorias de Jorge Beauchef* (Edición de Patrick Puigmal) (Santiago de Chile: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2005). Original “Memorias Militares sobre la Independencia de Chile. 1817-1829”, conservado en el Archivo Nacional, Santiago de Chile, Fondo Claudio Gay, Vol. 56. Y Biblioteca Nacional de Chile, Sala Barros Arana, AAF, 9777. Beauchef era un suboficial del ejército napoleónico que llegó a Chile en 1817 e incorporándose como oficial al ejército republicano entre 1817 y 1831, retirándose posteriormente a la hacienda de su esposa. Tras su llegada a Chile combatió en las batallas de Cancha Rallada, Maipú y Talcahuano, donde resultó gravemente herido; posteriormente fue destinado a las expediciones contra las plazas de Valdivia y archipiélago de Chiloé, y persecución y sometimiento de los indígenas en la frontera de Concepción, Valdivia, Osorno, Los Valles, Chillán y Cordillera.

## 7. Y todavía siguen más cartas.

Por último, quiero hacer un breve comentario sobre cómo en el caso colombiano, este tema de la participación indígena en la independencia ha sido también trabajado, como lo demuestra Catalina Reyes en su “Balance y perspectivas de la historiografía sobre independencia en Colombia”, publicado en vísperas del bicentenario, el año 2009<sup>64</sup>. El caso de las regiones de Pasto y Popayán son sin duda los más importantes, dado el peso que en estas zonas tuvieron los pueblos indígenas, siendo actores determinantes de la coyuntura local durante 1810-1825, y aquí han sido muy importantes los trabajos, entre otros, primero de Gerardo León Guerrero (1994)<sup>65</sup> sobre todo el proceso, y luego de Jairo Gutiérrez Ramos (2007) estudiando la resistencia ejercida por los pueblos indígenas pastusos contra la república<sup>66</sup>. Para otras regiones, y aunque la lista es más extensa, debo señalar los análisis específicos referentes al papel de los indígenas en la independencia realizados para Antioquia por Elizabeth Karina Salgado (2014), en especial considerando la relación de estos sucesos con el pago del tributo<sup>67</sup>, o para Santa Marta y la Guajira, por José Polo en el año 2010, en el marco del bicentenario.

Todo ello debe, además, considerarse dentro de la corriente historiográfica, cada vez más dinámica y reveladora, del estudio de los sectores populares, en general, durante el ciclo de las guerras de independencia. Estudios que desde México, con los de Juan Ortiz, Erik Van Young, Manuel Chust, José Antonio Serrano o Ivana Frasset, por ejemplo, hasta la otra punta del continente en Argentina, con los de Raúl Fradkin, Gabriel Di Meglio, Silvia Ratto, Luciano Literas, Juan Carlos Garavaglia, Ingrid de Jong, Raúl Mandrini, Carlos Paz, Geraldine Davies, Mónica Quijada, Alejandro Rabinovich, entre otros muchos, abordan la cuestión

---

64 REYES, Catalina. “Balance y perspectivas de la historiografía sobre independencia en Colombia”, *Historia y Espacio*, 33, (2009).

65 GUERRERO VINUEZA, Gerardo León. *Pasto en la Guerra de Independencia- 1809-1822* (Bogotá: Tecnimpresos, 1994).

66 GUTIÉRREZ RAMOS, Jairo. *Los indios de Pasto contra la República. 1808-1824* (Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2007).

67 SALGADO HERNÁNDEZ, Elizabeth Karina. “Indios, ciudadanía y tributo en la independencia neogranadina. Antioquia (1810-1816)”, *Trashumante*, Revista Americana de Historia Social, 4, (2014).

de lo indígena en el borde de las fronteras políticas, sociales, culturales y desde luego físicas, de la fractura de los mundos colonial/republicano, demostrando que intervinieron activamente en los procesos que culminaron en esta fractura, y que sabían perfectamente dónde estaban, qué hacían y por qué lo hacían.

Se rompe así la barrera historiográfica que ha mantenido aisladas a las sociedades indígenas de los grandes acontecimientos y transformaciones del periodo y de los procesos de creación, formación o instauración de los estados nacionales que se estaban produciendo. Aprovechando en parte la frase de uno de los autores citados, gracias a todos estos aportes mencionados en estas páginas, los rostros indígenas de las independencias se han ido tornando cada vez menos desconocidos. También ellos escribieron otras Cartas de Jamaica.

## 8. Bibliografía

### Fuentes Primarias

Archivo y Biblioteca Nacional de Bolivia, Sucre (ABNB), “Sobre los saqueos que realizó Blas Ari por el camino de Pampa Aullagas bajo inventario de los bienes que llevó”, 1812. Folios 35-36. Sobre la participación del alcalde de Culpa, el expediente en el Archivo Judicial de Poopó, N.1177.

Archivo Departamental del Cusco: Intendencia. Causas Criminales: Legajo 116: “Expediente criminal seguido contra Jacinto Layme y su hijo Carlos Layme por la complicidad en la revolución de Ocongate, 1817.

Colección Documental de la Independencia del Perú (1971 y 1974), Lima, Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú, Tomo III, Conspiraciones y rebeliones en el siglo XIX. La Revolución de Huánuco, Panataguas y Huamalíes, Vol. 1, y Conspiraciones y rebeliones en el siglo XIX, Vol. 8, La Revolución del Cusco de 1814.

Kingston, 6 de septiembre de 1815. BOLÍVAR, Simón (2015): *Carta de Jamaica*. Comisión Presidencial para el Bicentenario de la Carta de Jamaica, Caracas.

## Fuentes Secundarias

ARAVENA, Gonzalo. *Chiloé en documentos parlamentarios chilenos, Colecciones de documentos de las sesiones del Congreso Nacional (1819-1831)*, Castro, Ed. 1826, 2014.

ARAVENA, Gonzalo. *Chiloé, 1826. El proceso de incorporación de Chiloé a la República de Chile (1813-1831)*, Castro, Ed-1826 - Univ. de Los Lagos, 2016.

ARENAS, Julia. *Tributo, status y propiedad: legislación republicana y comunidades indígenas en Chile central, 1810-1832*, 2000.

ARGUEDAS, Alcides. *La fundación de la República 1808-1828*. La Paz: Colegio Don Bosco, 1920.

ARNADE, Charles W. *La dramática insurgencia de Bolivia*. La Paz: Ed. Juventud, 1972.

ARZE AGUIRRE, René Danilo. *Participación popular en la independencia de Bolivia*. La Paz: Quipu, 1979.

BEAUCHEF, Jorge [1837]. *Memorias de Jorge Beuachef* (Edición de Patrick Puigmal). Santiago de Chile: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2005. Original "Memorias Militares sobre la Independencia de Chile. 1817-1829", conservado en el Archivo Nacional, Santiago de Chile, Fondo Claudio Gay, Vol. 56. Y Biblioteca Nacional de Chile, Sala Barros Arana, AAF, 9777.

BIDONDO, Emilio A. *Alto Perú. Insurrección, libertad, independencia: Campañas Militares*. Salta: Rivolín Hermanos, 1989.

BONILLA, Heraclio. *La metamorfosis de los Andes. Guerra, economía y sociedad*. La Paz-Cochabamba: CEPAAA-Kipus, 2014.

BUSTOS, Guillermo y MARTÍNEZ, Armando (eds.). *La Independencia en los países andinos: nuevas perspectivas*. Quito: UASB, 2004.

CAHILL, David. "Una visión andina: el levantamiento de Ocongate de 1815", 1988.

CONTRERAS, Hugo. *Caciques y mandones en el pueblo de indios de Talagante (1700-1820) Disputas por el poder local en una comunidad originaria de Chile Central*, 1996.

CORTÉS, José Manuel. *Ensayo sobre Historia de Bolivia, Sucre, Imprenta de Beeche*; MITRE, Bartolomé (1887): *Historia de Belgrano y la guerra de independencia de Argentina*. Buenos Aires: Ed. Félix Lejouane, 1861.

CHUST, Manuel y ROSAS, Claudia. *El Perú en Revolución. Independencia, guerra y revolución*. Castellón-Lima: Universidad Jaime I y PUCP, 2017.

DÍAZ, Alberto. “Los aymaras del norte de Chile entre los siglos XIX y XX. Un recuento histórico”. En *Atenea*, 507, Concepción, 2013.

DEMÉLAS, María-Danielle. *Nacimiento de una guerrilla. El diario de José Santos Vargas (1814-1825)*. La Paz: IFEA-Plural, 2007.

GUERRERO VINUEZA, Gerardo León. *Pasto en la Guerra de Independencia- 1809-1822*. Bogotá: Tecnimpresos, 1994.

GUTIÉRREZ RAMOS, Jairo. *Los indios de Pasto contra la república. 1808-1824*. Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2007.

GOICOVICH, Igor. “Conflictividad social y violencia colectiva en Chile tradicional. El levantamiento indígena y popular de Chalinga (1818)”, en *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, N. 4, Universidad de Santiago, (2000).

GONZÁLEZ, Héctor. “Los aymaras de la región de Tarapacá y el período republicano temprano (1821-1879)”. Documento de Trabajo N° 45, Santiago, Comisión Verdad Histórica y Nuevo Trato, 2002.

HIDALGO, Jorge. “Amarus y Cataris: Aspectos mesiánicos de la rebelión de 1781 en Cuzco, Chayanta, La Paz y Arica”. *Chungara*, 10, Arica, Universidad de Tarapacá, 1983.

IBÁÑEZ, Ignacio y ORELLANA, Alejandro. “Huellas de Chiloé en Lima (1808, 1824). Documentos recopilados en Archivos Históricos del Perú”. Castro, Ed. 1826, Fondo Nacional del Libro, 2015.

La Transición Colonial y el rol del estado en la Real Audiencia de Quito: elementos para su análisis, en *Revista de Ciencias Sociales*, 2, Quito, U.C.E.

La Independencia del Ecuador. 1808-1822, en *Nueva Historia del Ecuador*, Vol. 5, Quito, Corporación Editora Nacional.

Las fuerzas del poder durante el periodo de la Independencia y la Gran Colombia, en *Nueva Historia del Ecuador*, Vol. 6, Quito, Corporación Editora Nacional.

LEÓN SOLÍS, Leonardo. *Ni patriotas ni realistas. El bajo pueblo durante la independencia de Chile 1810-1822*. Santiago de Chile: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2012.

LEÓN SOLÍS, Leonardo. “Reclutas forzados y desertores de la patria: el bajo pueblo chileno en la guerra de independencia, 1810-1814”, en *Revista Historia Santiago de Chile*, Vol. 35, (2002).

MAMAN SIÑANI, Roger Leonardo. *La División de los Valles: estructura militar, social y étnica de la guerrilla de La Paz y Cochabamba. 1814-1817*. La Paz: EIB-ASDI, 2010.

MARCHENA, Juan. “La producción historiográfica peruana y la participación indígena en la Independencia” (2017), en CHUST, Manuel y ROSAS, Claudia. *El Perú en Revolución. Independencia, guerra y revolución*. Castellón, Lima: Universidad Jaime I y PUCP.

MENEGUS BORNEMANN, Margarita. (comp.) *El sistema de autoridades de los pueblos de indios y sus transformaciones a fines del periodo colonial*”. Dos décadas de investigación de historia económica comparada en América Latina. Homenaje a Carlos Sempat Assadourian. México: El Colegio de México, 1999.

MITRE, Bartolomé. *Historia de Belgrano y la guerra de independencia de Argentina*. Buenos Aires: Ed. Felix Lejouane, 1887.

NÚÑEZ, Jorge. *El mito de la independencia*. Quito: U.C.E, 1976.

ORELLANA, Alejandro. “Chiloé: cuerpos armados, reforma e independencia 1768-1813”, en *Lecturas y (re)lecturas en historia colonial II*. Valparaíso: Ediciones Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Universidad Católica Silva Henríquez y Universidad del Bío-Bío. (2013).

ORELLANA, Alejandro. “De la reforma a la contrarrevolución: los cuerpos armados de Chiloé (1768-1813)” (2016), en CHUST, Manuel. (ed.), *El sur en revolución. La Insurgencia en el Río de la Plata, Chile y el Alto Perú*. Castellón: Publicaciones de la Universitat Jaume I.

PAZ, Luis. *Historia general del Alto Perú, hoy Bolivia*. Vol. II, Guerra de la Independencia, Sucre: Imprenta Bolívar, 1919.

PAVEZ, Alejandro. *Despojo de tierras comunitarias y desarraigo territorial en Chile Central. El cacicazgo de Pomaire, 1600-1800*, 1997.

PEZUELA, Joaquín. “Compendio de los sucesos ocurridos en el Ejército del Perú y sus provincias desde que el General Pezuela tomó el mando de él. 1813-1815”. Chile: Biblioteca Nacional, Colección Barros Arana, 1815.

PINTO, Jorge. *De la inclusión a la exclusión. La formación del estado, la nación y el pueblo mapuche*. Santiago de Chile: USACH, 2000.

PINTO, Julio y VALDIVIA, Verónica. *¿Chilenos todos? La construcción social de la nación (1810-1840)*. Santiago de Chile, Ed. Lom, 2009.

PINTO VALLEJOS, Julio. “El rostro plebeyo de la Independencia Chilena. 1810-1830”, en *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos*, Debates, (2010).

PLATT, Tristán. *Estado Boliviano y ayllu andino. Tierra y tributo en el norte de Potosí*. Lima: IEP, 1982.

REBOLLEDO, Alejandro. *Estructuras políticas y organizaciones sociales en la comunidad aborigen de Lo Gallardo Llopeo, 1760-1820*. 1997.

REYES, Catalina. “Balance y perspectivas de la historiografía sobre independencia en Colombia”, en *Historia y Espacio*, N° 33, (2009).

ROCA, José Luis. *Ni con Lima ni con Buenos Aires: la formación de un estado nacional en Charcas*. La Paz: IFEA-Plural Editores, 2007.

ROSEMBLITT, Jaime. (ed.): *Las revoluciones americanas y la formación de los Estados Nacionales*. Santiago de Chile: Biblioteca Nacional, Centro Barros Arana.

SALGADO HERNÁNDEZ, Elizabeth Karina. “indios, ciudadanía y tributo en la independencia neogranadina. Antioquia (1810-1816), en *Trashumante*, Revista Americana de Historia Social, 4. 2014.

SANTA CRUZ, Víctor. *Narraciones históricas*. La Paz: Ed. Universo, 1956.

SANTORO, Calógero y STANDEN, Vivien. *Pueblos del Desierto. Entre el Pacífico y los Andes*. Arica: Ediciones Universidad de Tarapacá, 2001.

SILVA GALDAMES, Osvaldo. “Hombres fuertes y liderazgo en las sociedades fragmentadas; un estudio de casos”, en *Cuadernos de Historia*, 15, Santiago, Universidad de Chile, 1995.

SERULNIKOV, Sergio. “En torno a los actores, la política y el orden social en la Independencia hispanoamericana. Apuntes para una discusión”, en *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos*, Debates, 2010.

SOUX, María Luisa. “Guerra, ciudadanía y conflictos sociales: Independencia en Oruro: 1808-1826”. Tesis Doctoral, Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2007.

SOUX, María Luisa. “Los caudillos insurgentes de Oruro: entre la sublevación indígena y el sistema de guerrillas”, en BARRAGÁN, Rossana (Comp.) *De Juntas, guerrillas, héroes y conmemoraciones*. La Paz: Gobierno Municipal de La Paz, 2009.

Sublevaciones indígenas en la Audiencia de Quito, desde comienzos del S. XVIII hasta fines de la colonia, Quito, Universidad Católica.

THOMPSON, Sinclair. *Cuando solo reinasen los indios. La política Aymara en la era de la insurgencia*. La Paz: Aruwiyiri-Muela del Diablo, 2006.

URBINA BURGOS, Rodolfo. *Población indígena, encomienda y tributo en Chiloé: 1567-1813. Política estatal y criterios locales sobre el servicio personal de “veliches” y payos*. Valparaíso: Ed. Universidad de Valparaíso, 2004.

URBINA, Ximena. *La Frontera de arriba en el Chile Colonial: Interacción hispano-indígena en el territorio entre Valdivia y Chiloé e imaginario de sus bordes geográficos, 1600-1800*. Santiago de Chile: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2009.

VALENCIA VEGA, Alipio. *El indio en la Independencia*. La Paz: Ministerio de Educación, 1962.

VARGAS, José Santos. *Diario de un Comandante de la Independencia Americana. 1814-1825*. La edición de 1982, con prólogo y notas de Gunnar Mendoza, en México, S. XXI.

VAN YOUNG, Eric. *La otra rebelión. La lucha por la independencia de México, 1810-1821*. México: FCE, 2006.